TRIBUNA
ODON BETANZOS

Miguel Ballesta

TENGO, mejor tuve, delante de mi por tiempo, un cuadro de Miguel Ballesta. Era una gitana, su gran inclinación a la hora de pintar. El rojo del vestido queda arropado por el negro mantón. Moño con flor y salcillo largo colgante. Lo carnoso de los labios, la penetración de la mirada, la serenidad en tristeza, da vida a la muchacha. El trasfondo de gris opacado cumple con la realidad de la figura con vida.

Cosas en pendiente con esa opacada luz en nebulosa dicha sirven de airemundo a la realidad de un ser humano. Ahí precisamente, ahí está la creación de la semejanza pero con latido y vida.

Ballesta sabe, sabía al penetrar ante el modelo o el imaginar, convertir en ser vivo lo que pintaba, darle gracia y aire, mover lo estático, hacer horizontes de la chispa de mirada recogida, soplar respiración a lo que creaba.

Si Ballesta se encanta con la luz de Mazagón ahí están esos caños que serán por siempre, incluso cuando los caños mismos hayan desaparecido; estarán los pinos en su vida de verdor, las dunas de arenas en movimiento, las mareas de nuestro mar.

Y estarán por una sencilla razón: un día, cuando su pasión por pintar alcanzó la madurez, se metió en la historia viva de nuestra tierra, en la savia y color de nuestros pinos, en el viento que con arena crea dunas y con la fuerza que hace gravitar de luna a tierras las mareas y oleajes.

Ballesta, nuestro amigo, se ha ido de la vida, porque su obra estaba hecha. Los cielos en la creación del artista serio se crean, están, creo que están, hasta que la obra queda terminada.

Su obra, humanidad en bien y luz y su alegría de vivir, queda entre nosotros. Quiero decir que está vivo pero sin su persona. Y eso, precisamente eso, es el milagro de la creación: ser y vivir pero ya sin la presencia humana, sólo espíritu en aleteo.

Odon Betanzos de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.